

Pierre Clastres y los Estudios Sobre la Guerra en Sociedades sin Estado

Pierre Clastres and the Studies on War in Non-State Societies

AUGUSTO GAYUBASⁱ

RESUMEN

El presente trabajo repasa brevemente los estudios sobre la guerra en sociedades no estatales realizados a lo largo del siglo XX y en la primera década del siglo actual por diferentes investigadores, y evalúa particularmente la incidencia de la obra de Pierre Clastres en dicho estudio, apuntando a la necesidad de conciliar su pensamiento con los importantes trabajos realizados en la última década y media en los ámbitos de la antropología, la sociología, la historia y la arqueología.

Palabras clave: Clastres, guerra, violencia, sociedades sin Estado.

ABSTRACT

The present article briefly reviews the studies on warfare in non-State societies throughout the twentieth century and first decade of the present century. It particularly evaluates the incidence of Pierre Clastres' work on such studies, aiming at the necessity to conciliate his thought with relevant investigations recently carried out in anthropology, sociology, history and archaeology.

Key words: Clastres, warfare, violence, non-State societies.

ⁱ Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Correo-e: augusto-gayubas@yahoo.com.ar

Recibido: Diciembre 2008. Aceptado: Octubre 2010.

PIERRE CLASTRES: HACIA UNA ETNOLOGÍA CRÍTICA

En el año 1977, el antropólogo francés Pierre Clastres afirmó, *“La guerra es una estructura de la sociedad primitiva”* (Clastres 2004 [1977]: 55). Distinto a lo que podría pensarse, una afirmación semejante era, en dicha época (y sobre todo en una Francia dominada institucionalmente por el estructuralismo levistraussiano y por el etnomarxismo), una toma de posición intelectual arriesgada. Hasta las décadas del sesenta-setenta, todavía había una historia relativamente pobre de estudios sobre la guerra en las sociedades sin Estado registradas etnográfica y arqueológicamente, y los estudios existentes restaban en su mayoría toda importancia explicativa a la práctica guerrera, reduciéndola a una prácticamente puramente ritual (y aduciendo que lo ritual tampoco tendría mayor valor explicativo) o subordinándola a las prácticas de intercambio (la guerra como el resultado de intercambios fallidos, de acuerdo con Lévi-Strauss) o a la estructura económica (la guerra como producto de una lucha por recursos escasos o como un mecanismo de equilibrio ecológico). Por lo tanto, la disruptiva afirmación de Clastres, sostenida en base a un minucioso análisis centrado en sus propias investigaciones de campo (entre los aché, los chulupí y los guaraníes del Gran Chaco y los yanomami de Amazonia) y en el estudio de las fuentes etnohistóricas y etnográficas disponibles, supuso una verdadera ruptura en el seno de la antropología sobre la guerra, que formaba parte de una “revolución copernicana” inaugurada años antes con sus trabajos sobre el poder en las “sociedades primitivas”¹, que hacían hincapié en la necesidad de construir una nueva antropología política (una etnología crítica) desvestida de toda la carga etnocéntrica y evolucionista que aún caracterizaba a la mayor parte de los estudios antropológicos de la época y que había sido tradicionalmente una herramienta de justificación de la dominación occidental a escala mundial (Clastres 2008 [1974]: 7-24).

Para entender la disrupción integral que implicó la obra de Clastres en el seno de la antropología, y todas las estrategias que se emplearon para acallar sus consecuencias políticas (consecuencias que guardan coherencia con el propio compromiso político del autor, vinculado con las ideas libertarias y anticolonialistas), debemos referir muy resumidamente cuáles fueron los tres enunciados centrales de su pensamiento (al respecto véase Grüner 2007, Gayubas 2009):

1) La “sociedad primitiva”, esto es, la sociedad sin Estado, no es una sociedad de la escasez, sino una sociedad de la abundancia; es decir, y aquí Clastres retoma el radical planteo del antropólogo norteamericano Marshall

Sahlins (1983 [1974]), la “sociedad primitiva” no es improductiva, sino que está contra la producción. En la medida en que el hombre es el fin y la producción es el medio (y no a la inversa), y que se le otorga una importancia central al ocio, al “tiempo libre” dedicado al ritual, a la creación de mitos, a la sociabilidad, al cultivo de las relaciones de parentesco y a las tácticas de guerra, se produce sólo lo necesario, no porque no puedan producir más, sino porque no quieren (Clastres 1996 [1980]: 133-151).

2) La “sociedad primitiva” (sin Estado), es una sociedad *contra* el Estado. Poder y política son detentados por la sociedad y usados para evitar la emergencia de la dominación de un órgano de poder político separado de la sociedad (Estado), es decir, para conservar la igualdad, el carácter de la sociedad como “totalidad indivisa” (Clastres 2008 [1974]: 161-186). En estas sociedades, la figura del jefe se sostiene sobre el prestigio, pero no sobre la monopolización del poder, pues el poder permanece en la sociedad, y ésta lo ejerce *sobre* el jefe (Clastres 1996 [1980]: 109-116).

3) La guerra es una estructura de la sociedad sin Estado, que al materializar el contraste con los Otros (no-parientes, extranjeros, enemigos), define y refuerza la identidad del Nosotros (parientes) en tanto sociedad autónoma e indivisa. A su vez, al mantener a las sociedades sin Estado en la dispersión, evita la unificación en unidades mayores que implicaría la emergencia de un órgano de poder político centralizado. La guerra es *contra el Estado* (Clastres 2004 [1977]).

Como bien explica Claude Lefort, coeditor (con Clastres, Miguel Abensour, Marcel Gauchet y Cornelius Castoriadis) de la revista *Libre*,

“Algunos adhirieron a él con fervor porque allí encontraron la justificación de su condena a nuestra organización social, mientras que otros hicieron de [su concepción de la sociedad primitiva] un objeto de burla. Pero conviene recordar, en principio, que dicha concepción [...] tomó forma en el contacto con una experiencia, en respuesta a las preguntas que el ‘buen sentido’ de los viajeros occidentales se negaba a responder” (Lefort 2007 [1987]: 282).

En el ámbito específico de los estudios sobre la guerra, que es lo que nos interesa en este trabajo, la norma parece haber sido el rechazo y, en incontables ocasiones, la omisión directa de los enunciados de Clastres. Ello, notablemente, a pesar de que buena parte de los estudios y análisis de la evidencia (tanto etnográfica como arqueológica) de la guerra, parecieran favorecer las perspectivas del autor. Para entender esta afirmación, haremos

un breve repaso por los estudios sobre la guerra en sociedades sin Estado a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI, antes, durante y después de la publicación de la obra de Clastres.

LOS ESTUDIOS SOBRE LA GUERRA EN SOCIEDADES SIN ESTADO

En la década de 1930, Maurice R. Davie concluyó, en base a un minucioso estudio comparativo, que casi todas las sociedades “primitivas” contemporáneas conocían y practicaban la guerra (Davie 1931). Dieciséis años antes, una investigación llevada adelante por Leonard T. Hobhouse, Gerald Clair Wheeler y Morris Ginsberg había apuntado en la misma dirección al sostener que de 311 sociedades estudiadas, sólo nueve carecían de guerra y cuatro se presentaban como casos dudosos (Hobhouse, Wheeler y Ginsberg 1915: 228-233). A pesar de ello, en esta primera etapa del siglo XX, no eran pocos los autores que veían en las sociedades llamadas “primitivas”, a sociedades pacíficas, a veces pervertidas por la violencia occidental –véase, por ejemplo, la obra del sociólogo William Sumner (1911), o el retrato que presenta la antropóloga norteamericana Ruth Benedict (1934) sobre los zuñi de Nuevo México–.

En los años cuarenta, algunos investigadores europeos y norteamericanos, enfrentados con la creciente aceptación de lo que se presentaba como indiscutible evidencia de guerra en sociedades no estatales contemporáneas, y marcados seguramente por la búsqueda de respuestas antropológicas ante los sucesos de la Segunda Guerra Mundial, profundizaron sus estudios de las sociedades sin Estado y reconocieron a la guerra un papel en el funcionamiento de aquéllas. Sin embargo, en este (re)surgimiento del estudio de la guerra, cobró primacía una postura que de hecho perduraría durante los años pesimistas de la posguerra: la idea de la “guerra primitiva” (acuñada por el profesor en relaciones internacionales Quincy Wright), según la cual se postulaba la existencia de guerra en sociedades sin Estado, pero se la caracterizaba como una guerra de carácter “primitivo”, acorde con la percepción de dichas sociedades como “primitivas”, y se asumía que dicho tipo de guerra no tenía comparación con la guerra considerada “verdadera”, es decir, la “guerra moderna”, pues aquélla era tanto cuantitativa (cantidad de guerreros y de población involucrados) como cualitativamente (tecnología y técnicas empleadas, y capacidad de daño) “inferior”, casi un juego de niños (Wright 1942).

Otro concepto que se popularizó en los medios académicos por esta época y que no se desvincula en absoluto de la idea recién presentada, es el de

“guerra ritual”, que definía a la “guerra primitiva” como un evento programado con anticipación por las partes contendientes y con un mero objetivo ritual que desconocería la intención verdadera de provocar daño. De acuerdo con el sociólogo Keith F. Otterbein (2004: 35), este concepto así formulado fue presentado por primera vez por Eliot Chapple y Carleton Coon en 1942.

Dicho concepto adolece de tres problemas: a) de considerar que la percepción de los contendientes respecto de su “ritual” equivaldría a la percepción de una especie de “juego” (de existir un sentido ritual –y a menudo existe en las situaciones estudiadas–, éste no tendría un valor, en la mentalidad de las sociedades implicadas, de un juego, sino de una guerra igualmente real e igualmente sería que cualquier otro tipo o instancia de guerra); b) de ignorar la existencia frecuente, en estas sociedades, de numerosas bajas y de una intención directa de generar daño físico sobre el grupo rival (Keeley 1996: 63-65); y c) de desconocer una de las prácticas más comunes de guerra entre las sociedades así llamadas “primitivas”, que consiste en la emboscada o el ataque sorpresivo, esto es, la inexistencia, en muchas situaciones, de un acuerdo de guerra previo al conflicto (Otterbein 2004: 35).

Respecto de esto último podemos decir, además, que la existencia de ciertas normas de guerra entre sociedades o grupos contendientes, no niega en ningún punto la seriedad o existencia efectiva de una guerra, como no lo hace la existencia de tratados y normas de guerra en la sociedad occidental moderna. De acuerdo con Otterbein y en base a una investigación sobre 28 sociedades del registro etnográfico, “sólo el 14% de los sistemas políticos descentralizados entra en batallas mutuamente concertadas” (Otterbein 2004: 35, la traducción es mía). De todos modos, no toda actividad guerrera responde a un mismo patrón, y como demuestra Keeley, “en muchos casos etnográficos, las batallas formales con bajas controladas estaban restringidas a la lucha dentro de una tribu o grupo lingüístico. Cuando el adversario era realmente ‘foráneo’, la guerra era más implacable, despiadada y descontrolada” (Keeley 1996: 65, la traducción es mía; véase también Simons 1999: 82-83).

En conclusión, Otterbein considera a “la guerra de las poblaciones no literarias como no más ritualizada que las guerras históricas o modernas” (Otterbein 2004: 38, la traducción es mía), haciendo del “ritual” una parte o modalidad efectiva de guerra.

La posguerra, gobernada por el pesimismo ante la “derrota europea” general (aun a pesar de la victoria aliada) y por el rechazo generalizado, a raíz del carácter bélico y conquistador de la Alemania de Hitler, de las prácticas

mismas de guerra, conquista y colonización, fue la causante de la resonancia de las posturas de la “guerra primitiva” y del resurgir de la doctrina del Buen Salvaje, que permitía creer en una “esencia pacífica” del hombre que debería salir a la superficie y gobernar, de allí en adelante, a la humanidad.

Con el resurgimiento del clima bélico y la renovación de las disciplinas sociales, la guerra volvió a formar parte del debate antropológico en las décadas del sesenta-setenta (por ejemplo: Vayda 1960, 1976; Harris 1974; Divale 1973), especialmente con los estudios de Chagnon demostrando que los Yanomami de Amazonia, una sociedad no estatal que se sustrajo del contacto occidental hasta la propia década del sesenta, era una sociedad con altos niveles de belicosidad (Chagnon 1968)².

Lo interesante de la obra de Chagnon es que permite percibir que la guerra entre los Yanomami no es motivada ni por una competencia por territorio o por recursos –en un contexto carente de presión poblacional sobre recursos escasos y “rodeados de abundante territorio sin ocupar” (Keeley 1996: 16); en el mismo sentido apuntará la lectura realizada por Lizot (1977), quien verá en los Yanomami a las “sociedades de abundancia” del tipo que describiera Sahlins–, ni por la intrusión occidental. Sin embargo, los autores que se dedicaron al estudio de la guerra en las sociedades “primitivas” en las décadas del sesenta y setenta, no buscaron las causas más que en factores accidentales o en modelos deterministas que centraban la atención únicamente en factores económicos o ecológicos³. Tal es el caso, por ejemplo, de autores como Marvin Harris (1974) y otros representantes del materialismo cultural, que tempranamente enfatizaron el carácter ecológico y económico de la guerra. Cuando escribió su “Arqueología de la violencia” en 1977, Clastres no se privó de hacer referencia a ellos:

“Si la guerra es especialmente intensa entre los indios sudamericanos, eso se debe –según Gross y Harris– a la escasez de proteínas en la alimentación, y a la consecuente necesidad de conquistar nuevos territorios de caza, y al inevitable conflicto armado con los ocupantes de esos territorios. En suma, la tan envejecida tesis de la imposibilidad de la economía primitiva para brindar alimento adecuado a la sociedad” (Clastres 2004 [1977]: 26-27).

Como vimos, la recuperación que hace el autor de los análisis de Sahlins (1983 [1974]), y de Lizot (1977), deja sin efecto los postulados del materialismo cultural, en la medida en que las sociedades sin Estado son esencialmente “sociedades de abundancia” y no de la escasez. En efecto, esto último pudo ser reconocido tempranamente –aunque limitado al estudio

de los cazadores-recolectores, cuando Sahlins (1983 [1974]) demostró que el principio es también aplicable a sociedades agrícolas—, por el estructuralista marxista Maurice Godelier, con quien Clastres mantendría una épica rivalidad intelectual y académica, y que a pesar de no abstraerse de buena parte de los preconceptos materialistas de la antropología marxista, acusaba una mayor lucidez que sus contrapartes del materialismo cultural norteamericano (Godelier, 1977 [1971]: 133-134).

Pero más interesante aun resulta el dato puntual brindado por Chagnon al respecto de la “hipótesis de las proteínas”, al sostener luego de un puntilloso estudio que,

“se da la ironía de que los datos sobre el consumo de proteínas reunidos hasta la fecha parecen indicar que, si uno se empeña en subrayar una estrecha relación de causa-efecto entre la intensidad de la guerra y el consumo de proteínas, con mayor solidez podría argumentarse que los pueblos que presentan un índice de consumo de proteínas más elevado son los más beligerantes” (Chagnon 2006: 184; citado en González García 2007: 32, nota 21).

De un modo similar, también se reveló defectuosa la teoría de la circunscripción de Carneiro (1970), al suponer que el tipo de guerra que conduciría históricamente al surgimiento de los Estados primarios (por ejemplo, en la costa del Perú o en el valle del Nilo), estaría determinado por un incremento de la presión demográfica sobre un territorio agrícola ecológicamente (y en algunas revisiones posteriores, socialmente) circunscripto, que conduciría a la búsqueda de territorios u otros recursos básicos de otras sociedades mediante la guerra y la conquista, llevando a la emergencia primero de jefaturas y luego de Estados fundados en la imposición de los vencedores sobre los vencidos. Si bien Carneiro reconoce la existencia de un tipo de guerra distinto, “previo”, en cierto sentido no necesariamente evolucionista, a la guerra económicamente determinada por la circunscripción (es decir, la guerra en sociedades en que no se documentan condicionamientos territoriales de ningún tipo), a esta guerra la relaciona con motivos que parecen darle un carácter recurrente pero superficial: venganza, robo de mujeres, obtención de prestigio personal, “y motivos similares” (Carneiro 1970: 735). En realidad, como hemos mencionado en otro trabajo (Gayubas 2010) y retomaremos más adelante, esta aparente “multiplicidad de causas” para el estallido de prácticas de guerra, no hace sino reforzar el enunciado de Clastres que ve en ellas tan sólo motivos inmediatos que expresan el fundamento estructural de la guerra (Clastres 2004 [1977]). Pero volviendo a la guerra por territo-

rio, un análisis fino de la evidencia arqueológica demuestra que la ecuación “circunscripción-guerra-Estado” no tiene un valor histórico universal –y tal valor era una pretensión del autor–, en la medida en que el estudio de las situaciones particulares, como por ejemplo la emergencia del Estado en el valle del Nilo, elude toda posibilidad de interpretar el proceso histórico a partir de una –inexistente– circunscripción ecológica –y aun social– (la teoría de Carneiro fue criticada desde varias disciplinas y áreas de investigación; para una crítica centrada en el surgimiento del Estado en el valle del Nilo, véase: Campagno 2002: 104-105).

Si bien las posturas de carácter (más o menos militantemente) materialistas, se mantienen en buena medida hasta el día de hoy (por ejemplo, Ferguson 1995), no sucede lo mismo con la interpretación levistraussiana (en estado puro) sobre la guerra. Lo que Lévi-Strauss (1943) argumenta en la década del cuarenta (pero con notable vigencia al menos hasta la década del setenta) es que la guerra está subordinada a la lógica del intercambio, o más aun, que la guerra es en cierta medida la negación del intercambio, entendiéndola como la expresión o el resultado de intercambios frustrados. Al respecto, Clastres realiza una acertada crítica cuando, luego de analizar el papel central y la cuasi universalidad del fenómeno bélico en las sociedades no estatales del registro etnográfico, sostiene que intercambio y guerra deben ser pensados “no según una continuidad que permitiría pasar gradualmente de uno al otro, sino según una discontinuidad radical” (Clastres 2004 [1977]: 41), dado que ambos datos forman igualmente parte de la realidad social “primitiva”, pero corresponden a dos planos sociológicos distintos, ambos en función del sostenimiento de la indivisión interna de la comunidad.

PIERRE CLASTRES Y LA GUERRA COMO MECANISMO DE AUTOAFIRMACIÓN

Así llegamos a la segunda mitad de la década del setenta, momento en el que Pierre Clastres, acostumbrado a desafiar a las posturas dominantes en el campo de la antropología, presentó la hipótesis de la existencia de un tipo de causa estructural, política, para la predominancia de la guerra en las sociedades no estatales. Y en este sentido afirmó que “*la guerra es una estructura de la sociedad primitiva*” (Clastres 2004 [1977]: 55). Esta afirmación significó un quiebre en la historia de los estudios sobre la guerra y sobre las sociedades sin Estado, y sin embargo hoy son pocos los investigadores de la guerra que mencionan siquiera el nombre de Clastres en sus trabajos.

¿Cuáles son los disruptivos postulados de Clastres que enfatizan el carácter estructural de la guerra en las sociedades sin Estado? Primero, el hincapié puesto, a través de estudios etnográficos tanto propios como ajenos, en la avasalladora evidencia de guerra en sociedades no estatales de todos los rincones del mundo. Estos estudios demuestran que no son la agricultura, el sedentarismo, la densidad poblacional o la situación geográfica y ecológica, factores que puedan explicar estructuralmente la guerra, dado que las sociedades estudiadas varían de nomádicas a sedentarias, de cazadoras a pastoras y agricultoras, con niveles de población y de ocupación o tránsito de territorio variables, y situadas en los más diversos contextos geográficos y ambientales. Como sostiene el propio Clastres,

“Desde el siglo XVI hasta el (reciente) final de la conquista del mundo, todos –exploradores o misioneros, mercaderes o viajeros eruditos– coinciden en un punto: ya sean americanos (de Alaska a Tierra del Fuego) o africanos, de las estepas siberianas o de las islas melanesias, nómades de los desiertos australianos o agricultores sedentarios de las junglas de Nueva Guinea, los pueblos primitivos siempre son presentados como apasionadamente entregados a la guerra” (Clastres, 2004 [1977]: 10).

Los estudios particulares del autor sobre las sociedades del Gran Chaco le permitieron releer la evidencia global de guerra en sociedades sin Estado, llegando a la conclusión de que la guerra en sociedades tan dispares no se debe a causas accidentales (por ejemplo, climáticas o ecológicas), ni a causas puramente económicas o demográficas, sino a una estructura social de carácter político. Que la guerra trascienda las distintas formaciones socioeconómicas no estatales y las diversas condiciones ambientales y geográficas, implica para Clastres la *inexistencia* de condicionamientos económicos, demográficos o ecológicos que expliquen la recurrencia y el tipo de guerra presente en las sociedades sin Estado.

Clastres observó que, en las sociedades por él estudiadas, algo mantenía unida a cada comunidad, y ello no era un Estado. Había un fuerte sentimiento de comunidad y de rechazo a lo externo, tanto a los “cambios” (determinados cambios) como algo externo, como a aquello que estuviera socialmente fuera del ámbito de la comunidad; es decir, rechazo a instituciones ajenas y a comunidades “extranjeras”. Esta unidad e independencia expresaba una identidad comunitaria que dependía de la interacción intracomunitaria, pero también y más aun de la interacción intercomunitaria, una relación negativa que permitía definir a la comunidad como “totalidad una

e independiente” en función de su contraste con aquello que no pertenecía a la comunidad, con lo “extranjero” (según sostiene Sahlins 1976: 245, “el no parentesco es, ordinariamente, la negación de comunidad o tribalismo, y, por lo tanto, es a menudo sinónimo de ‘extranjero’ y ‘enemigo’”). En términos de Clastres (2004 [1977]), es el contraste con el Otro el que permite la identificación de un Nosotros, pues ambos (Otro y Nosotros) son partes constitutivas de una misma relación, son condición una de la otra.

En tal sentido, la guerra es una estructura de la sociedad sin Estado, en la medida en que *materializa* un contraste con lo extranjero que es condición de la identificación de un Nosotros de la propia comunidad (Clastres 2004 [1977]). Pero además, para que la comunidad pueda pensarse en términos de unidad, de una unidad comunal, debe permanecer indivisa, y esta indivisión interna supone la carencia de un órgano de poder político independiente que monopolice la fuerza y las decisiones políticas. En última instancia, para Clastres lo que busca la sociedad sin Estado es permanecer en la indivisión y en la autonomía, es esencialmente conservadora en este sentido de rechazo; por ello, al existir como tal, la comunidad sin Estado es una “sociedad contra el Estado” (Clastres 2008 [1974]: 161-186). Su propia existencia se basa en la inexistencia de un Estado en su seno. Lo político está presente, y lo está como asunto de la comunidad y no (más bien en contra) de un grupo o de una institución independiente.

Entonces, Clastres no sólo considera a la guerra como una práctica recurrente en las sociedades sin Estado, sino que considera a la guerra como un fundamento estructural de dicho tipo de sociedades. En este sentido, sería incorrecto concluir que Clastres es un hobbesiano, dado que en su lectura las sociedades “primitivas” conforman un “estado social” acabado del cual la guerra es un fundamento central, mientras que la “guerra de todos contra todos” de Hobbes se basa en una percepción de dichas sociedades como pertenecientes a un “estado de naturaleza”, es decir, a una condición cuasi animal de los hombres aislados; al respecto, véase Abensour (2007b [1987]).

Una proposición tan tajante y disruptiva no puede pasar inadvertida en el ámbito académico, y de hecho no pasó inadvertida cuando en su momento una pléyade de antropólogos marxistas, heridos en su orgullo materialista, vio con espanto el énfasis puesto por Clastres en lo político. Aun así, cuando en la década del ochenta (ya muerto Clastres), algunos autores inauguraron un estudio sociológico, comparativo y estadístico sobre la guerra en sociedades con y sin Estado (contemporáneas e históricas), integrado en un campo interdisciplinario que ahora se ocupaba también de las sociedades

antiguas y prehistóricas (identificables a través del registro arqueológico), el nombre de Clastres raras veces apareció como referencia, y sus postulados fueron a menudo (deliberadamente o no) ignorados⁴.

LOS ESTUDIOS SOBRE LA GUERRA TRAS LA MUERTE DE CLASTRES

A pesar de cierta omisión del nombre de Clastres en muchas obras sobre la guerra en sociedades sin Estado, la década del ochenta no deja de ser importante para el estudio de la guerra y aun de las perspectivas clastresianas, pues los modelos sociológicos construidos por autores como J. Jorgensen, M. Ross y Keith F. Otterbein, permitieron aseverar la casi universalidad de la guerra en sociedades no estatales de muy distintos puntos del planeta, corroborando la premisa proclamada por Clastres en la década anterior (Jorgensen 1980, Ross 1983, 1985, Otterbein 1989).

La segunda mitad de la década del noventa, por su parte, fue testigo del surgimiento de un renovado impulso de investigación sobre la guerra (continuado en la década siguiente), no sólo desde la antropología (Kelly 2000, Otterbein 2004, Otto, Thrane y Vandkilde 2006), sino también desde los estudios arqueológicos (Keeley 1996, Martin y Frayer 1997, Carman y Harding 1999, Guilaine y Zammit 2002 [2001], LeBlanc, 2004) y desde una nueva historia militar que hizo hincapié en el trabajo interdisciplinario (a partir de Keegan 1993), abordando la problemática de la guerra desde la antropología, la historia, la filosofía, la sociología y la arqueología⁵.

Estos estudios, que se extienden hasta el día de hoy y se insertan incluso en terrenos tan específicos como la egiptología (por ejemplo: Gilbert 2004), dieron lugar a un debate entre los llamados “neo-rousseauianos” y los denominados “neo-hobbessianos”. En el primer grupo se encuentran los ejemplos de Raymond C. Kelly y R. Brian Ferguson, quienes afirman la necesidad de discriminar distintos tipos de violencia de lo que propiamente puede definirse como guerra, afirmación al pasar que puede parecer obvia pero que afronta el problema de definir ciertos patrones de violencia externa individual y de violencia interna cuya definición no siempre resulta del todo clara; y suelen cuestionar la existencia de guerra en la prehistoria por negarse a interpretar la evidencia arqueológica que se les presenta como dudosa. Ejemplos del segundo son Lawrence H. Keeley y Steven A. LeBlanc, quienes tienden a remontar los orígenes de la guerra hacia muy atrás en el tiempo, sosteniendo Keeley (1996), que la guerra es documentable por lo menos desde 30.000 años atrás; haciendo una lectura menos tímida de la evidencia arqueológica de guerra que sus “rivales”. Los trabajos de estos dos grupos,

sumados a la obra de muchos otros investigadores no adscriptos a ninguna de estas dos denominaciones arbitrarias (por ejemplo, Keith F. Otterbein, quien se presenta a sí mismo como ajeno a los dos extremos que él designa como “palomas” –*doves*– y “halcones” –*hawks*–), han conducido a importantes conclusiones, desde sus muy diversos puntos de partida.

De un modo interesante, la mayoría de estos trabajos ha resaltado la predominancia de la práctica guerrera en sociedades no estatales de diversos puntos del planeta (registros arqueológico, etnográfico, histórico), demostrando que “la guerra es casi omnipresente en el registro etnográfico” (Ember y Ember 1997: 5), pero que también puede ser ampliamente rastreada en el registro arqueológico de sociedades “primitivas”. Es lo que demuestra, por ejemplo, LeBlanc al presentar sus propias excavaciones arqueológicas en el este de Estados Unidos, Perú, Medio Oriente y el sudoeste norteamericano, y al analizar el registro bibliográfico de evidencia arqueológica en los Alpes, Francia, España, Polinesia, Nueva Zelanda, Egipto y Mesoamérica (LeBlanc 2004).

La evidencia considerada por el autor apunta al reconocimiento de sitios establecidos en puntos elevados del territorio (por ejemplo, en las cumbres del valle Mimbres en Nuevo México, hacia 200 d.C. aproximadamente), restos de murallas y sitios amurallados (por ejemplo, en Turquía hacia 6000 a.C. y en el valle El Morro en Nuevo México hacia 1275-1325 d.C.), sitios incendiados (por ejemplo, en Mesoamérica y en el sudoeste norteamericano), presencia de armas y equipamiento de guerra (en innumerables puntos del planeta), esqueletos humanos mutilados o con heridas producidas por proyectiles o incluso con proyectiles incrustados (como en el sitio de Shanidar Cave, en el actual Irak, datado hacia 14.000 ó 15.000 años atrás, o el sitio 117 de Jebel Sahaba, ya mencionado), decapitaciones (como las cabezas-trofeo halladas en Cerro Carapo, en la costa del Perú, de 15.000 años de antigüedad), signos de canibalismo (por ejemplo, en el sur de Francia hacia 4000-3000 a.C.), la presencia de cadáveres no enterrados o enterrados impropriamente (por ejemplo, en el sitio Crow Creek en el alto Missouri hacia 1325 d.C. aproximadamente), y la representación pictórica de motivos y escenas de guerra (desde las pinturas rupestres paleolíticas hasta las pinturas y cerámicas decoradas de sociedades como la mesoamericana y la andina).

También Guilaine y Zammit (2002 [2001]) han recopilado un importante corpus de evidencia de guerra desde el Paleolítico, sobre todo en Europa, que se remonta al menos al 25.000-22.000 a.C. (el cadáver de un niño en Grimaldi, Italia, con un proyectil incrustado en su columna ver-

tebral) y que incluye significativas menciones del arte paleolítico (notables representaciones de individuos heridos por flechas o dardos, como en la cueva Paglicci en Italia, hacia 21.000 a.C.), hasta la Edad del Bronce europea, llevándolos a resaltar, partiendo del estudio de la evidencia arqueológica y luego de tomar en consideración algunos de los enunciados de Clastres para las sociedades del registro etnográfico, que “se podría pensar que sucedió lo mismo [refiriéndose a la lectura clastresiana del funcionamiento bélico de las sociedades indivisas] durante la Prehistoria europea” (Guilaine y Zammit 2002 [2001]: 41).

Estos autores que desde la década del noventa se han ocupado especialmente del estudio arqueológico y antropológico de la guerra, también han desmentido algunas ideas sobre sociedades “supuestamente” pacíficas y sobre la incidencia del contacto occidental como motor del funcionamiento bélico en sociedades que se demostraron *previamente* belicosas. Es lo que demuestra por ejemplo LeBlanc (2004), siguiendo de cerca las investigaciones previas de Keeley, acerca de los !kung del Kalahari, los hopi del norte de Arizona y los aborígenes de Australia, y a pesar de que en muchas ocasiones se buscó encontrar las razones del comportamiento bélico en factores accidentales como el clima o la ecología⁶, una mirada minuciosa y de conjunto apunta a la definición de causas más profundas, estructurales, que llevarían a revalorizar o al menos repensar la proposición de Clastres de la guerra como “estructura de la sociedad primitiva”. En efecto, aparte de las interpretaciones deterministas que se encuentran con serias dificultades en el ámbito de la evidencia (etnográfica y arqueológica; véase Gayubas 2010), algunos de estos autores han resaltado la presencia de “multiplicidad de causas” en el estallido de los conflictos intergrupales, lo cual lejos de apuntar a una lectura “accidental” de la guerra, apuntala con particular contundencia las tesis de Clastres, quien sostiene que la “voluntad de afirmar su diferencia por parte de cada comunidad es lo suficientemente tensa como para que el menor incidente transforme en el acto la diferencia deseada en diferencia real. Violación de territorio, supuesta agresión del chamán de los vecinos: no hace falta más para que estalle la guerra” (Clastres 2004 [1977]: 52). Las percepciones de “amenaza” ante el Otro que muchos de estos autores reconocen en las sociedades sin Estado (por ejemplo Kelly 2000: 138), y que forman parte del “estado de amenaza” que supone la guerra para Clastres, explican en efecto el fundamento ideológico y político de la guerra detrás de esta aparente “multiplicidad de causas”.

Clastres y el mundo anglosajón

A pesar de lo dicho, no son muchos los autores dedicados a la guerra que mencionan el revolucionario trabajo de Clastres, situación especialmente notoria entre los investigadores norteamericanos que, sin embargo, apuntan coincidentemente a la universalidad de la guerra en sociedades “primitivas” (Keeley 1996, LeBlanc, 2004, Otterbein 2004). Quizás sea certera la sentencia de Domènec Campillo en el prólogo al libro de Guilaine y Zammit (2002 [2001]: 14), de que las obras de autores europeos que son escritas en sus lenguas vernáculas “suelen ser ignoradas en las obras de autores de habla inglesa”, pero dado que la obra de Clastres fue traducida al inglés, podemos suponer que hay un desinterés directo de parte de dichos investigadores por enunciados disruptivos como los del antropólogo francés, también visible en otras importantes obras antropológicas francesas que fueron omitidas en dicho ámbito académico. Quizás la propia lógica autorreproductiva que caracteriza a la antropología y a otras disciplinas sociales norteamericanas, vinculada sin lugar a dudas con la propia lógica política que ejerce una indudable influencia sobre el ámbito sociocultural norteamericano, explique en parte estas omisiones de la obra de Clastres (recordemos la máxima de Oscar Wilde de que “una idea que no es peligrosa es indigna de ser llamada idea”, y en tal sentido nadie podría decir que Clastres era un hombre sin ideas).

El duro peso de la tradición intelectual en el seno de las disciplinas sociales inglesas también pudo ser motivo, no sólo del desinterés por la obra de Clastres en el mundo académico británico, sino también de una tendencia a “pacificar” el pasado (coincidente con la tradición ya criticada por Keeley), particularmente visible en los estudios arqueológicos sobre la Edad del Hierro europea, tal como plantea Kristiansen: “El registro arqueológico en Europa está repleto de evidencia de guerra [...]. Paradójicamente, tan rica evidencia nunca fue empleada en un estudio sistemático del rol de la guerra en la prehistoria tardía” (Kristiansen 1999: 175; la traducción es mía; para una arqueología de la guerra en la prehistoria europea, que además toma en consideración algunos de los enunciados de Clastres, véase la obra de los investigadores –por cierto, franceses– Jean Guilaine y Jean Zammit, 2002 [2001]).

De todos modos, en el campo de la antropología anglosajona encontramos algunas llamativas excepciones a esta tendencia a omitir el nombre de Clastres, entre las que se destaca el trabajo del antropólogo Glenn Bowman, quien en su análisis sobre el papel de la violencia en la construcción de la identidad, retoma algunas de las ideas de Clastres y de Simon Harrison

(1993) sobre la guerra para concluir que, en las sociedades sin Estado (pero también en sociedades estatales), “el antagonismo [...] podría ser precisamente lo que conduciría a una entidad a demarcar los límites de su identidad y a ‘defender’ dichos límites mediante la violencia” (Bowman 2001; la traducción es mía), lo cual lo lleva a considerar a la violencia (aunque no sólo en su aspecto bélico) como una práctica “creadora”. En esa línea, Bowman (2001) reconoce el factor de “amenaza” como central en la definición de guerra, lo cual también es tributario de Clastres, para quien en definitiva la guerra no estatal es fundamentalmente un estado de amenaza permanente que a intervalos más o menos regulares se materializa en la forma de raids, emboscadas o batallas generalmente reguladas (Sánchez y Gayubas 2009).

En esta misma línea de trabajos sobre guerra, violencia e identidad, que de acuerdo con Kristiansen se abrió a raíz de “la configuración política cambiante en Europa” durante la década del noventa (Kristiansen 1999: 175), Clastres fue recientemente retomado y discutido por autores como Torsten Kolind (2006) y Jürg Helbling (2006). Un trato más pormenorizado de estas discusiones amerita un trabajo aparte y no podemos dedicarle mayor espacio en este momento.

Clastres y los investigadores sudamericanos y españoles

Lo que los últimos trabajos que acabamos de mencionar reflejan, es que en la última década, crecientemente el nombre de Clastres fue cobrando nueva actualidad en los estudios históricos, arqueológicos y antropológicos, por supuesto en Francia (que en verdad mantiene algo del vitalismo clastresiano que sobrevivió a los embates del marxismo estructuralista), pero también y fuertemente en Sudamérica y en España. La edición separada de su “Arqueología de la violencia” (en 1997 en Francia por Éditions de l’Aube, en 2004 en castellano por Fondo de Cultura Económica y en portugués por Cosac & Naify), fue seguida de una serie de homenajes realizados en 2007 en ocasión del 30 aniversario de su muerte (en Argentina, la edición por primera vez en castellano del volumen homenaje *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, editado por Miguel Abensour originalmente en 1987; el dictado del seminario “Aportes del pensamiento de Pierre Clastres para el estudio de las sociedades antiguas”, por el doctor Marcelo Campagno en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires –con la participación de notables estudiosos como Eduardo Grüner, Raúl Zibechi y Patricia Reynoso–) y que se extienden al día de hoy (por ejemplo, la exposición de fotografías *Pierre Clastres: Una mirada sobre los Aché* presentada en noviembre de 2008 en el Centro

Cultural de la República El Cabildo en Asunción, organizada por IWGIA, la celebración de dos coloquios internacionales sobre Clastres, uno en São Paulo y el otro en París, en octubre y noviembre de 2009, respectivamente, y la reedición, largo tiempo esperada, de *La sociedad contra el Estado* en castellano, por parte de Terramar Ediciones de La Plata, Argentina, y de Virus Editorial de Barcelona, España).

A la hora de comprender la recuperación actual de la obra de Clastres, no podemos dejar de considerar el contexto sociopolítico de la última década y media. No es casual que esta recuperación coincida con la emergencia de los llamados “nuevos movimientos sociales”, particularmente el zapatismo en Chiapas o el MST en Brasil, en un contexto de alejamiento de muchos pensadores y luchadores sociales de las organizaciones partidarias de la izquierda tradicional y de las verdades “irrebatibles” del dogma marxista. Y aun más recientemente, en un contexto de recuperación política del anarquismo tanto en Latinoamérica (con especial fuerza en Chile, México y Argentina) como en España y en otras regiones del mundo (especialmente en Grecia), siendo significativa la reivindicación que se hace (a veces tímidamente) de la obra de Clastres en los círculos anarquistas.

En este contexto, tanto dentro como fuera del ámbito estrictamente académico, el pensamiento de Clastres aparece como una herramienta que ayuda a pensar procesos y situaciones que las explicaciones cristalizadas por distintas tradiciones intelectuales se mostraron incapaces de resolver. Lo rico, en este sentido, es que a Clastres se lo ha recuperado (contra la tendencia aún mayoritaria que sigue prefiriendo mantenerlo en el olvido) tanto desde la antropología como desde la arqueología y la historia, y ésa creemos que es la enseñanza que nos deja este breve repaso por los estudios de la guerra. Volvamos a este tópico y veamos brevemente cuál es la actualidad de Clastres en Sudamérica y en España.

Por un lado, Carlos Fausto (1999), en sus investigaciones sobre guerra y chamanismo en Amazonia, toma como *punto de partida* la idea de la preponderancia de la guerra como modo de interacción entre una comunidad y el afuera, vinculando el pensamiento de Clastres con un estudio fino de la religiosidad (si cabe el término) en la situación estudiada. Por su parte, Raúl Zibechi (2006) retoma los postulados de Clastres para caracterizar a la sociedad aymara de El Alto en Bolivia y sus modos de organización, sobre todo durante los movimientos insurreccionales, en tanto comunidades autoorganizadas “como ‘totalidades indivisas’ y autónomas que construyen desde abajo una instancia de poder colectivo que conjura permanentemente

la monopolización del poder y la división de la sociedad” (Gayubas 2009). Aunque en su relectura de la función de la guerra hace mayor hincapié en otro tipo de mecanismos de autonomía e indivisión, no deja de resaltar la función de los llamados “cuarteles”, no como establecimientos permanentes sino como “relaciones sociales; formas organizativas asentadas en la decisión colectiva, pero en estado de militarización” (Zibechi 2006: 87); que de hecho implican una organización social de la guerra en un contexto de amenaza permanente al orden comunitario, con lo cual la garantía del sostenimiento de la comunidad contra el Estado en tanto tal, es el sostenimiento de su estructura bélica, aquí no ya solamente como creadora de identidad, sino como garante de la oposición al Estado y a su monopolio de la violencia.

En el ámbito de la arqueología y la historia, dos autores, aunque no los únicos, han demostrado ampliamente la utilidad de remitirnos a Clastres para construir una mejor interpretación histórica de las sociedades no estatales del pasado. Marcelo Campagno (1998, 2002), emplea las teorizaciones de Clastres respecto del funcionamiento de la sociedad no estatal, haciendo un mayor hincapié en el parentesco como lógica dominante de articulación social, acaso “desatando” aquel nudo entre parentesco y sociedad que Clastres se comprometiera a desanudar en “Los marxistas y su antropología” pero no tendría ocasión de hacerlo debido a su prematura muerte (Clastres 1996 [1980]: 175, Campagno 1998: 103). En este sentido, aborda la cuestión del surgimiento del Estado en el valle del Nilo a partir de la premisa de que toda sociedad sin Estado es una sociedad *contra* el Estado, donde la guerra está presente pero en estrecha relación con el parentesco que opera internamente y establece los criterios de pertenencia hacia adentro (reciprocidad) y de diferencia hacia afuera (guerra e intercambios). Por lo tanto, de acuerdo con Campagno, el Estado no surge como parte de un proceso de evolución interna de la sociedad, sino a partir de la aparición de un nuevo tipo de prácticas surgidas en los *intersticios* entre sociedades, como consecuencia de una “guerra de conquista” que subordina una sociedad a otra (es decir, a partir de una “ruptura” histórica).

Francisco Javier González García (2007), por su parte, realiza una rigurosa crítica a los autores que tradicionalmente “pacificaron” el pasado pre y protohistórico de Europa, y a partir de la sugerente evidencia arqueológica de guerra de la Edad del Hierro en el noroeste de la península ibérica, realiza una concienzuda interpretación que toma como referente la obra de Clastres, para entender que en la sociedad galaica la guerra funciona como estructura en tanto es “uno de los mecanismos de relación con los que [la sociedad indivisa] cuenta para poder desarrollarse” (González García 2007:

30), interpretación que considera apropiada en un contexto en que las lecturas económicas y ecológicas no hallan sustento empírico.

De un modo interesante, también González García menciona la necesidad de poner en relación el parentesco con la guerra, al sostener que así como Lévi-Strauss se equivocó al hacer primar lo parental (en la lógica del intercambio) sobre lo político, Clastres hizo lo propio al primar lo político sobre lo parental. En rigor, Clastres estaba al tanto de la necesidad de percibir el intercambio y la guerra como dos planos de un mismo conjunto lógico, y al desligarse de la concepción del intercambio y del parentesco de Lévi-Strauss, concluyó dando primacía a la guerra, pero no llegó al punto de invertir la lectura levistraussiana, dado que para Clastres guerra e intercambio no forman parte de una continuidad. Por otro lado, resulta claro que no escapaba a su pensamiento la importancia que el parentesco tiene (en tanto lógica social) en la autoafirmación de las comunidades sin Estado, y la lectura que hace Campagno es la que mejor completa aquello que quizás Clastres hubiera podido desarrollar de haber tenido el tiempo. Dicha lectura sumada a la crítica que presenta González García, nos conduce nuevamente al problema de la relación entre guerra e identidad, y nos lleva a concluir que,

“En una sociedad que no está sometida por un Estado, la guerra [...] funciona como estructura de la comunidad en su relación con el afuera, pero actuando en la actualización de la identificación interna regida por los lazos del parentesco. Y a su vez, es el parentesco el que delinea y direcciona el sentido, y carga de significado, a la guerra (marcando la diferencia entre el Nosotros –parientes– y los Otros –no-parientes o enemigos–, y por lo tanto actuando en la autoafirmación de la comunidad)” (Sánchez y Gayubas 2009).

CONCLUSIÓN

En definitiva, esta recuperación del pensamiento de Clastres en la última década y media, contrastando con la omisión que aún se percibe en amplios ámbitos de investigación (sobre todo en lengua anglosajona), abre nuevas vías de reflexión sobre la guerra y sobre las sociedades no estatales, en un contexto mundial en el cual la búsqueda de formas alternativas de organización social se combina fuertemente con una crítica social a las actividades bélicas de los países centrales de Occidente. Quizás un estudio cuidadoso y crítico de la guerra en las sociedades sin Estado, y una comprensión integral de la lógica *antiestatal* de este tipo de sociedades, aporte herramientas de análisis para comprender y modificar la situación social actual. Para ello,

recuperar la obra de Clastres y discutirla a la luz de las nuevas investigaciones en antropología, sociología, arqueología e historia, parece ofrecer nuevas y quizás esperanzadoras perspectivas.

Agradecimientos: El presente trabajo fue elaborado en el marco del seminario “Aportes del pensamiento de Pierre Clastres para el estudio de las sociedades antiguas” (Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2007), dictado por el doctor Marcelo Campagno. Estoy especialmente agradecido con el doctor Campagno y con los compañeros del seminario que me enriquecieron con sus discusiones en torno a la obra de Clastres. También estoy en deuda con los evaluadores anónimos de esta revista, cuyos comentarios críticos permitieron que mejorara una primera versión de este trabajo. Por último, agradezco a Ana Laura Ortenzi por su paciente lectura y atinadas observaciones.

Notas

- ¹ El término “sociedades primitivas” empleado por Clastres, lejos de reproducir la carga de significación evolucionista que considera a las sociedades así llamadas como “inferiores” o “infantiles”, busca más bien desafiar a las miradas tradicionales al destacar las virtudes sociales y políticas de dichas sociedades en oposición a la falsa “superioridad” de la sociedad occidental “moderna”. Las “sociedades primitivas” de Clastres son, en efecto, las sociedades sin Estado que conjuran la división (la emergencia de un órgano de poder político independiente) mediante una serie de mecanismos entre los que se destaca la guerra, y que garantizan la autonomía e indivisión de la comunidad. No obstante, difícilmente podamos ver en Clastres a un “primitivista”, en el sentido que ha cobrado últimamente el término, pues lejos de construir un “ideal” de sociedad de un pasado dorado a ser recuperado (a la manera de los recientes estudios del anarcoprimitivista John Zerzan [1994]), “se ocupó de describir e intentar comprender la estructura y el pensamiento de dichas sociedades aun en aquellos comportamientos que en modo alguno se ajustarían a los criterios de sociedad ideal, pacífica e igualitaria a que nos tiene acostumbrados el primitivismo contemporáneo” (Gayubas 2009). Sin ir más lejos, Clastres difícilmente postulara regresar a un “pasado ideal”, en la medida en que las sociedades por él estudiadas eran contemporáneas y expresaban un modo alternativo de sociedad en el presente y no un estadio “anterior” en la escala de la evolución.
- ² No es casual que haya sido en esta década que aparecieron las teorías antropológicas sobre la naturaleza violenta y el “instinto agresivo” del hombre (véase por ejemplo, Lorenz 1966, Tiger 1969). Como sostuvo tempranamente Otterbein, estas teorías “son simplistas al punto de ser tautológicas, [...] la lucha entre dos hombres no es guerra y no hay evidencia fisiológica de que los humanos posean un instinto agresivo” (Otterbein 2004: 27, abreviando su posición de Otterbein 1973. La traducción es mía). El propio Clastres, al criticar la caracterización hecha por A. Léroi-Gourhan (1965) de la guerra como “cacería de hombres”, sostiene que “la guerra primitiva no debe nada a la caza; que sus raíces no se encuentran en la realidad del hombre como especie sino en el ser social de la sociedad primitiva; que con su universalidad señala hacia la cultura, no hacia la naturaleza” (Clastres 2004 [1977]: 23).
- ³ En esta misma década, llamativamente, el arqueólogo Fred Wendorf dio a conocer el hallazgo de una masacre (más bien, un estado de guerra recurrente definido por la presencia en un solo cementerio de varios restos humanos con lesiones y puntas de proyectil incrustadas en los huesos) datada hacia el Paleolítico Superior (entre 12.000 y 10.000 a.C.), en las cercanías de Jebel Sahaba, en el valle del Nilo sudanés, considerada una de las evidencias *innegables* de guerra más antigua del mundo (Wendorf 1968). La apresurada conclusión del autor fue que se trataba de una masacre generada por la presión ambiental, pero no fue presentada evidencia que corroborara dicha afirmación. Claramente, el autor apeló a uno de los presupuestos predominantes en aquellos años respecto de las causas de guerra. Para otra lectura de la evidencia del sitio 117 de Jebel Sahaba, véase Gayubas (2006). Para una crítica de las lecturas “ecológicas” sobre la guerra, véase Gayubas (2010).
- ⁴ En esta década, de todos modos, se destacan algunas obras de sus ex compañeros de la revista *Libre* y otros colegas con quienes discutió intelectualmente y en cuya obra influyó decisivamente, como por ejemplo Gi-

- lles Deleuze y Félix Guattari (2000 [1980]) y sus análisis sobre la “máquina de guerra”, y Miguel Abensour (2007a [1987]), quienes dejaron abierto un camino para seguir pensando y discutiendo las proposiciones de Clastres. Por su parte, Sergio Cardoso (1989) presentó su tesis de doctorado en la Universidad de São Paulo con el tema *A crítica da antropologia política na obra de Pierre Clastres*, y Thierry Saignes (1985) no perdió ocasión de homenajear a Clastres con su artículo sobre la resistencia chiriguana a la colonización europea, en el cual retoma algunos de los postulados clastresianos sobre la guerra en sociedades sin Estado. No estará de más mencionar que Maurice Godelier, con quien Clastres había mantenido acaloradas discusiones intelectuales y académicas en la década anterior, no perdería ocasión de vituperar a Clastres después de muerto, acusándolo de “ignorante” y recomendando reiteradamente que se lo olvidara como intelectual (sobre las discusiones entre estos dos antropólogos, que trascendían el ámbito de lo intelectual y manifestaban claras diferencias políticas e institucionales, véase: Clastres 1996 [1980]: 165-179 –que reproduce el poético artículo “Los marxistas y su antropología”, publicado póstumamente en la revista *Libre* en 1978–; Godelier 1979).
- ⁵ Sin lugar a dudas, es el historiador militar John Keegan el principal impulsor de esta nueva historia militar que cambió en cierta medida el rumbo de los trabajos sobre la guerra, inaugurando un renovado análisis de la actividad guerrera, de sus causas, razones y trayectoria, como aporte para una comprensión integral del comportamiento bélico general y de las diversas situaciones históricas. Resulta interesante que al año de publicarse en Estados Unidos este trabajo de Keegan (1993), y dos años antes de publicarse en el mismo país el libro bisagra de Lawrence H. Keeley (1996), se editó en Nueva York *Arqueología de la violencia* de Clastres traducido al inglés: *Archaeology of Violence*. El libro de Keeley, por su parte, es sin lugar a dudas el responsable de la reapertura definitiva del debate sobre la guerra en las sociedades sin Estado. Para un repaso general sobre las diversas lecturas de la guerra en los ámbitos de la antropología y la arqueología, véase Otterbein (1999), Thorpe (2003).
- ⁶ Por ejemplo, tras postular esta omnipresencia de la guerra, LeBlanc busca una causa general que la explique y recurre a una explicación desde la ecología, concluyendo que la guerra no es otra cosa que una lucha por recursos escasos (siempre materiales, por ello habla de “razones reales”), determinada por los cambios climáticos, hipótesis que varios de los ejemplos que el propio autor presenta tienden a cuestionar sin que él lo perciba (por ejemplo, las estrategias de conservación de especies animales y vegetales de los yanomami y las poblaciones de las tierras altas de Nueva Guinea, y la tendencia a la abundancia y al equilibrio económico en las islas de Polinesia, que niegan que la guerra sea producto del desequilibrio ecológico, y que demuestran que el autor, llegado a un punto, deduce “desequilibrio ecológico” en donde ve evidencia de guerra, y no a la inversa). Al respecto, nos hemos dedicado con más detalle en Gayubas (2010).

BIBLIOGRAFÍA

- Abensour, M.** (comp.). 2007a [1987]. *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*. Ediciones del Sol, Buenos Aires.
- Abensour, M.** 2007b [1987]. “El Contra Hobbes de Pierre Clastres”. En *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, compilado por M. Abensour, pp: 189-228, Ediciones del Sol, Buenos Aires.
- Benedict, R.** 1934. *Patterns of Culture*. Houghton Mifflin, Boston.
- Bowman, G.** 2001. “The violence in identity”. En *Anthropology of Violence and Conflict*, editado por B. E. Schmidt e Ingo W. Schröder, pp: 25-46. Routledge, Londres.
- Campagno, M.** 1998. “Pierre Clastres y el surgimiento del Estado. Veinte años después”. *Boletín de Antropología Americana* 33: 101-113.

- Campagno, M.** 2002. *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto, del Período Badariense al Dinástico Temprano, ca. 4500-2700 a.C.* Aula Ægyptiaca - Studia, Barcelona.
- Cardoso, S.** 1989. *A crítica da antropologia política na obra de Pierre Clastres.* Tesis para optar al grado de Doctor en Filosofía, Departamento de Filosofía, Universidad de São Paulo, São Paulo.
- Carman, J. y A. Harding** (eds.). 1999. *Ancient Warfare.* Sutton, Stroud.
- Carneiro, R.** 1970. "A Theory of the Origin of the State". *Science* 169 (3947): 733-738
- Chagnon, N.** 1968. "Yanomamo Social Organization and Warfare". En *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*, editado por M. Fried, M. Harris y R. Murphy, pp: 109-159, Natural History Press, Nueva York.
- Chagnon, N.** 2006. *Yanomamö. La última gran tribu.* Alba, Barcelona.
- Clastres, P.** 1996 [1980]. *Investigaciones en antropología política.* Gedisa, Barcelona.
- Clastres, P.** 2004 [1977]. *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas.* FCE, Buenos Aires.
- Clastres, P.** 2008 [1974]. *La sociedad contra el Estado.* Terramar, La Plata.
- Davie, M. R.** 1931. *La Guerre dans les sociétés primitives.* Payot, París.
- Deleuze, G. y F. Guattari.** 2000 [1980]. *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia.* Pre-textos, Valencia.
- Divale, W.** 1973. *Warfare in Primitive Societies: A Bibliography.* ABC-Clio Press, Santa Bárbara.
- Ember, C. R. y M. Ember.** 1997. "Violence in the Ethnographic Record: Results of Cross Cultural Research on War and Aggression". En *Troubled Times, Violence and Warfare in the Past*, editado por D. L. Martin y D. W. Frayer, pp: 1-20, Gordon y Breach Publishers, Amsterdam.
- Fausto, C.** 1999. "Of enemies and pets: warfare and shamanism in Amazonia". *American Ethnologist* 26 (4): 933-956.

- Ferguson, R. B.** 1995. *Yanomami Warfare: A Political History*. School of American Research Press, Santa Fe.
- Gayubas, A.** 2006. “Guerra, parentesco y cambio social en las sociedades sin Estado del valle del Nilo prehistórico”. En *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto*, editado por M. Campagno, pp: 51-73, Universidad de Buenos Aires/Ediciones del Signo, Buenos Aires.
- Gayubas, A.** 2009. “Pierre Clastres y las sociedades contra el Estado”. *Germinal. Revista de Estudios Libertarios* 8 (en prensa).
- Gayubas, A.** 2010. *Apuntes críticos sobre guerra y ecología en sociedades sin Estado*. Manuscrito en posesión del autor.
- Gilbert, G.** 2004. *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*. Archaeopress, Oxford.
- Godelier, M.** 1977 [1971]. *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas*. Laia, Barcelona.
- Godelier, M.** 1979. “Ser marxista en antropología”. *El Viejo Topo* 34: 40-43.
- González García, F.** 2007. “La guerra en la Gallaecia antigua: del guerrero tribal al soldado imperial”. *Semata. Ciencias Sociais e Humanidades* 19: 21-64.
- Grüner, E.** 2007. “Pierre Clastres, o la rebeldía voluntaria”. En *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, compilado por M. Abensour, pp: 7-49. Ediciones del Sol, Buenos Aires.
- Guilaine, J. y J. Zammit.** 2002 [2001]. *El camino de la Guerra. La violencia en la prehistoria*. Ariel, Barcelona.
- Harris, M.** 1974. *Cows, Pigs, Wars, and Witches*. Fontana/Collins, Glasgow.
- Harrison, S.** 1993. *The Mask of War. Violence, ritual and the self in Melanesia*. Manchester University Press, Manchester.
- Helbling, J.** 2006. “War and Peace in Societies without Central Power: Theories and Perspectives”. En *Warfare and Society: Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, editado por T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde, pp: 113-139. Aarhus University Press, Aarhus.
- Hobhouse, L. T., G. C. Wheeler y M. Ginsberg.** 1915. *The Material Culture and Social Institutions of the Simpler Peoples*. Chapman & Hall, Londres.

- Jorgensen, J.** 1980. *Western Indians*. Freeman, San Francisco.
- Keegan, J.** 1993. *A History of Warfare*. Vintage Books, Nueva York.
- Keeley, L. H.** 1996. *War before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*. Oxford University Press, Oxford/Nueva York.
- Kelly, R. C.** 2000. *Warless Societies and the Origin of War*. University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Kolind, T.** 2006. "Violence and Identification in a Bosnian Town: An Empirical Critique of Structural Theories of Violence." En *Warfare and Society: Archaeological and Social Anthropological Perspectives*, editado por T. Otto, H. Thrane y H. Vandkilde, pp: 447-468, Aarhus University Press, Aarhus.
- Kristiansen, K.** 1999. "The emergence of warrior aristocracies in Later European Prehistory and their long-term history". En *Ancient Warfare*, editado por J. Carman y A. Harding, pp: 175-189, Sutton, Stroud.
- LeBlanc, S. A.** 2004. *Constant Battles. Why We Fight?*. St. Martin's Griffin, Nueva York.
- Lefort, C.** 2007 [1987]. "La obra de Clastres". En *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*, compilado por M. Abensour, pp: 279-315, Ediciones del Sol, Buenos Aires.
- Léroi-Gourhan, A.** 1965. *La Geste et la Parole*, II: *La Mémoire et les rythmes*. Albin Michel, París.
- Lévi-Strauss, C.** 1943. "Guerre et commerce chez les Indiens de l'Amérique du Sud". *Renaissance* 1 (1-2): 122-139.
- Lizot, J.** 1977. "Population, resources et guerre chez les Yanomami. Critique de l'anthropologie écologique". *Libre* 77 (2): 111-145.
- Lorenz, K.** 1966. *On Aggression*. Harcourt, Brace, and World, Nueva York.
- Martin, D. L. y D. W. Frayer** (eds.). 1997. *Troubled Times: Violence and Warfare in the Past*. Gordon & Breach Publishers, Amsterdam.
- Otterbein, K. F.** 1973. "The Anthropology of War". En *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, editado por J. J. Honigmann, pp: 923-958. Rand McNally, Nueva York.

- Otterbein, K. F.** 1989. *The Evolution of War: A Cross-Cultural Study*. HRAF Press, New Haven.
- Otterbein, K. F.** 1999. "A History of Research on Warfare in Anthropology". *American Anthropologist* New Series 101 (4): 794-805.
- Otterbein, K. F.** 2004. *How War Began*. Texas A&M University Press, College Station.
- Otto, T., H. Thrane y H. Vandkilde** (eds.). 2006. *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*. Aarhus University Press, Aarhus.
- Ross, M.** 1983. "Political Decision Making and Conflict: Additional Cross-Cultural Codes and Scales". *Ethnology* 22: 169-192.
- Ross, M.** 1985. "Internal and External Conflict and Violence: Cross-Cultural Evidence and a New Analysis". *Journal of Conflict Resolution* 29: 547-579.
- Sahlins, M.** 1976. "Economía tribal". En *Antropología y economía*, editado por M. Godelier, pp: 233-259. Anagrama, Barcelona.
- Sahlins, M.** 1983 [1974]. *Economía de la Edad de Piedra*. Akal, Madrid.
- Saignes, T.** 1985. "La guerra 'salvaje' en los confines de los Andes y del Chaco: la resistencia chiriguana a la colonización europea". *Quinto Centenario* 8: 103-123.
- Sánchez, L. y A. Gayubas.** 2009. "Resignificaciones estatales de la guerra y el liderazgo en Mesoamérica y el valle del Nilo". *Actas de las XII Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia*. Edición Digital, Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.
- Simons, A.** 1999. "War: Back to the Future". *Annual Review of Anthropology* 28: 73-108.
- Sumner, W.** 1911. *War and Other Essays*. Yale University Press, New Haven.
- Thorpe, I. J. N.** 2003. "Anthropology, Archaeology, and the Origin of Warfare". *World Archaeology* 35 (1): 145-165.
- Tiger, L.** 1969. *Men in Groups*. Random House, Nueva York.
- Vayda, A.** 1960. *Maori Warfare*. Polynesian Society, Auckland.

- Vayda, A.** 1976. *War in Ecological Perspective*. Plenum, Nueva York.
- Wendorf, F.** 1968. *The Prehistory of Nubia*. Southern Methodist University Press, Dallas.
- Wright, Q.** 1942. *A Study of War*. University of Chicago Press, Chicago.
- Zerzan, J.** 1994. *Future Primitive and Other Essays*. Autonomedia, Nueva York.
- Zibechi, R.** 2006. *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*. Tinta Limón, Buenos Aires.